



Edición popular las más completa

original y económica

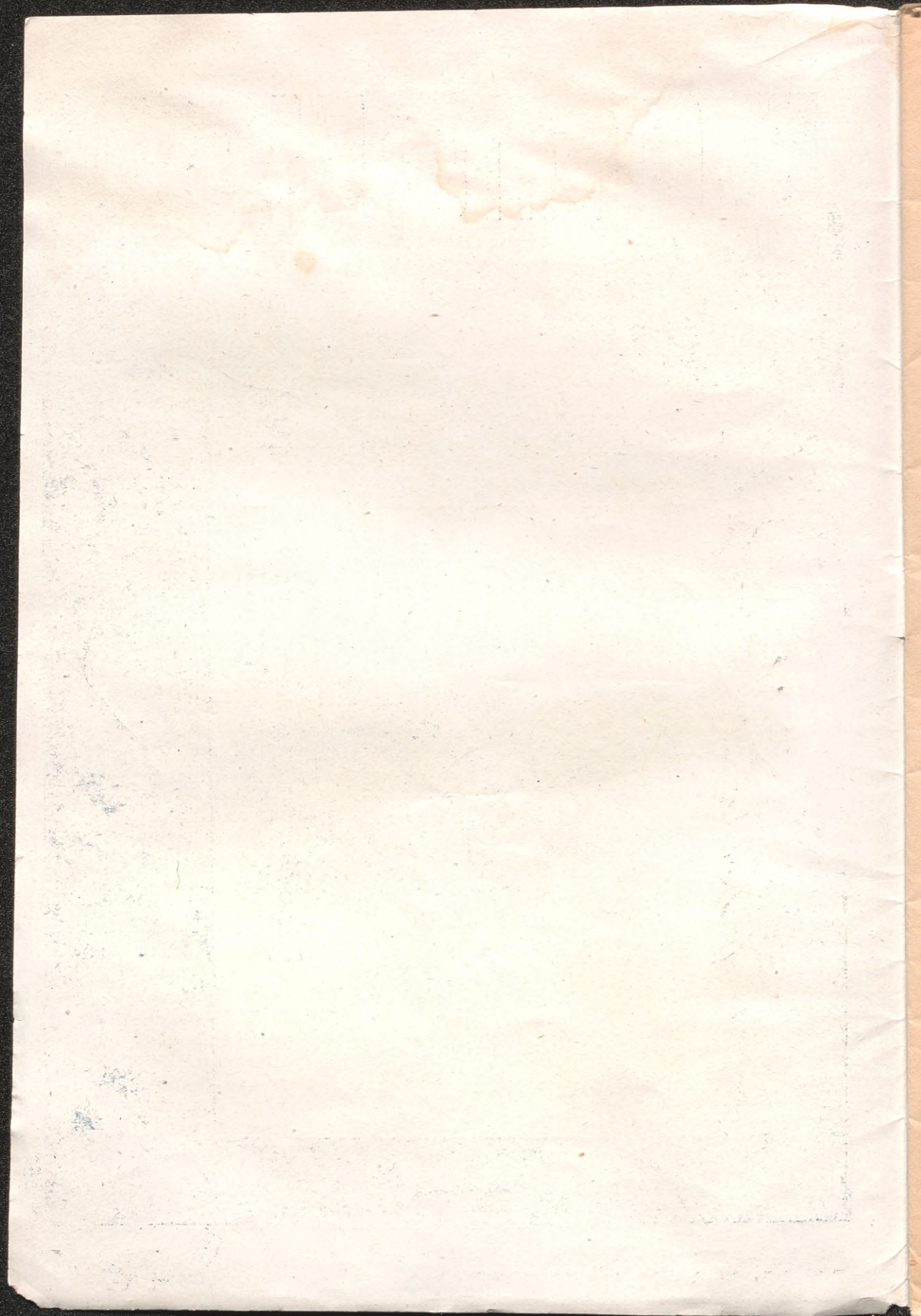
✕✕ Lenguaje de las flores.-El pañuelo y abanico.-Clave de los sueños.-Rueda de la Fortuna.-Diccionario del Amor.-Modelos de cartas de amor. (Un tomo de 176 páginas 2 reales)

Publicaciones de la casa Acha.-BARCELONA



Córcega, 238-BARCELONA

N.º 7



Martes 1 de Diciembre 1908



EL CUENTO Y LA HISTORIA

ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

Administración: Córcega, 238
BARCELONA

AÑO I

N.º 7

INDICE

Las Comunidades de Castilla. — Por tierra de Castilla, (narración). — Don Jaime el Conquistador, (Vida privada). — Las Escuadras de Cataluña.

SUPLEMENTO

Un Corpus de sangre ó los Fueros de Cataluña.

Las Comunidades de Castilla

Desde que el morado pendón de Castilla tremoló en la torre de la Vela, y las colinas del Darro repitieron con eco dolorido el último suspi-

ro del infiel, se abrió una nueva época para la nación vencedora de Almanzor y de Boabdil. Reducida toda la monarquía bajo el cetro de los católicos reyes doña Isabel y don Fernando, libres ya de los afanes de una guerra secular, y enaltecidos con el triunfo de Granada, pensaron en la organización interna de sus reinos. Uno de los pensamientos culminantes de su administración, el principal acaso, fué la concentración del poder. Hallaron aquellos monarcas débil el trono y desmembrada la autoridad; efecto natural de una guerra de ochocien-

tos años, en la cual los diversos elementos de aquella sociedad habían adquirido preponderancia y significación. El pueblo, núcleo y nervio de la empresa, adquirió franquicia y fueros en compensación de sus heroicos sacrificios. Los ricos-hombres alcanzaban señoríos y privilegios; el clero riquezas y supremacía en cambio de sus merecimientos. El poder público, pues, se hallaba despedazado en heterogéneas porciones, que reunidas por un acaso pudieran dictar al trono la ley.

Tal era la situación de nuestra España á la terminación de aquella lucha gigantesca. No podía, pues, ocultarse á la suspicaz y cautelosa política de Fernando V el cambio de situación y sus consecuencias para el presente y el porvenir. De aquí nació el pensamiento de concentración del poder, que fué, sin duda, el más importante de aquel fecundo reinado, y el más desastro-



so en resultados por su exageración. Este sistema absorbente y exclusivista se inauguró con la incorporación de los maestrazgos militares á la corona. Golpe rudo y fortísimo descargado sobre la potencia teocrático-feudal, que hirió todo lo más íntimo y robusto de su organización. Los sucesores de aquellos reyes adoptaron la base de su gobernación, pero llevándola á los últimos términos de abuso y demasía. Caminando siempre por la senda de la omnipotencia real, Carlos I privó de sus libertades á Castilla, Felipe II acabó con la soberanía de Aragón, y Felipe de Anjou puso el dogal á la noble y altiva Cataluña. Y las Cortes del reino fueron abolidas de hecho: y esa institución sagrada que España poseyó antes que ningún pueblo de Europa, cayó en olvido, y los estamentos nacionales perdieron su representación, vieron menospreciado su voto y sofocada su voz. El monstruo del despotismo con sus cien bocas iba devorando sucesivamente las formas tutelares del municipio, que desde muy antiguo fué el fundamento y garantía de la nación española, la base de su libertad política, y el baluarte de su independencia, y al fin el rey pudo decir como el afortunado francés: *el Estado soy yo*. En este punto, el cardenal Cisneros fué quien tiró de la máscara y arrojó el guante del despotismo á los pueblos castellanos, cuando desde el balcón histórico de la casa prela-

cial en Valladolid, dijo á la irritada muchedumbre mostrando los cañones del tudesco: *con estos poderes gobernaré á España durante la ausencia de S. M.* Esta frase, tristemente célebre, fué la sentencia de la fuerza contra la razón, del hecho contra el derecho. ¡Qué lección...!

Entre los trágicos episodios que produjo el desaforado sistema de la concentración de autoridad, entre las páginas sangrientas que dejó tras de sí aquella táctica odiosa y desleal, LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES forma un recuerdo inmarcesible para los esforzados hijos de Castilla. Provocados por un poder antinacional y atentatorio, alzaron la bandera sin mácula, y al estallido de la indignación cívica, y al animado eco del popular rebato, abrieron palenque en defensa de la más santa de las causas, clamando en son de guerra: *Santiago y libertad!* Y cada aldea, cada rincón de la leal tierra castellana nos ofrece una memoria venerable de aquella gloriosa cuanto infortunada demanda. ¡Los campos de Villalar conservan sobre sí las huellas enrojecidas y profundas de los días sin ventura! ¡En aquellas áridas llanuras se inmolaron el valor, el patriotismo y la santidad del derecho; en aquel triste campo se alzó el cadalso del caudillo y sus ínclitos hermanos! ¡Allí sucumbió la causa de los pueblos castellanos, dormidos aún...! ¡¡Llor á los mártires de sus libertades!!

M. HERNANDO



Por tierra de Castilla

(NARRACIÓN)

Viento con nieve barría la llanura castellana en aquella noche marceña.

El hogar de la casuca guardaba en sus caricias un corro de mozas hiladoras, y en medio de ellas, la anciana dueña, mascullaba el postrer rezo de aquella noche, que coreaban las mozas con un runrun de des-perezo.

—Abueluca, que no sea de ladrones el cuento hoy,—decía la más joven — el de iér noche hízome miedo y le soñé.

—Caso no haga al decir d'esa rapaza, abueluca—interrumpieron las mayores.

—Todas vusotras habréis gusto en el mi cuento y á nenguna sus dará miedo, pues no há en la su relación cosa que lo haga.

Ante aquella promesa, callaban ellas; oíase un crujir de banquillos, y rompiendo en sonrisas, por los hundidos labios de la anciana, florecía el cuento.

—Sabide muchachas, que en el alto del roquedal, dond' hay una ringle-ra d'adobes morenucos d'humo, hubo endenantes una chozuka de pasto-

res y he de contaros el por qué no l'hay agora.

Acuérdomme que cuando yo era chiquituca, vivía en el nuestro lugarejo la tía Miserias; y era la su hija la mozuca qu'hubo más requirimientos por el su valer y galanura.

Dióle, de por fin, las sus querencias al más probe de sus rondaores; á Gildo el pastor, que tenía puesto en ella un querer más grande que la su probeza. Y fuera esto á maltraer de la tía Miserias, por cuanto libre no era la su hija de hablar por la ventana con el qu'ella más quería, con su Gildo, que goolvía de la majada y traía bajo del brazo algún recentál pa el su amo y señor.

Este su amo, era el señor Lucas, que en santa paz tenga su gloria, propietario mucho rico y qu'había un hijo señoritongo y paliduco, que gustaba de las mozas p'hacerles carantofías, más de nenguna hubo complacencia, pues todas vían en la su parla deseos de malfacer.

Y vide aquí que la tía Miserias, endina y mala más qu'el demonio, portaba en el su magín no muy santos nigocios.

Y al llegar aquí, abreviaba la anciana, arrellanándose en su sillete, y lanzaba un suspiro largo, tan largo como tiempo precisaba para pensar como había de decir á las mozas, lo que la tía Miserias *maginaba*.

—¿Se l'ha rompido el cuento, abueluca?—decía una de las mozas.

—Que s'ha de romper parleruela, contestaba la vieja rezongonamente.

¿No sabís pa que había dao tregua á la mi conseja? Pues pa ver si acertábais lo qu'había en los aentros de la tía Miserias.

Poco hubieron de meditar las mozelas; venció en ellas la curiosidad, é instaron á la abuela á que siguiera.

—No, abueluca; no lo acertamos.

—Aina lo sabrís—dijo la vieja.

—Lo que la tía Miserias quería, era que la su hija que se llamaba Mari Cruz, que aún no sus lo había dicho, dispiciara á Gildo y que hiciera caso á las carantofías del hijo del señor Lucas, que, como ya sabís, le gustaban todas, pero mayormente la Mari Cruz qu'era la más galana.

—Y aquel querer sí q'hubiera dao luar en el pueblo á decires y malsindades!

Y la vieja santiguábase para hacer resaltar lo *enorme* de aquello.

—Abueluca, ¿por qué se santigua?

—Porque era mu endino el pensar de la tía Miserias; y tengo á buen seguro, qu'era el demonio el que la trujo su cencia en malas artes.

De veces hubo, que le dijo á la su hija: «Si te pide la danza el hijo del señor Lucas no t' hagas la huraña y dale prometimiento de lo que te pida; pues mientras con él seas, no te faltará una rica olla que cocer al trébede, y ganarás en la tu vestimenta que tengo para mí que en este torcido mundo, vale tanto parecer como ser.»

Y acontecía que bailaba con él, y con tan pocos deseos, que aluego encomenzaba á llorar y á las veces su probe Gildo tremaba de rabia, pues fuendo el hijo de su amo, no podía arrancale la su Mari Cruz, como lo hubiá hecho con cualisquiera mozo.

Y la tía Miserias tornaba á ma-

quinar pa que su hija hiciera caso al señorituco; que si asín fuera, tajada hubiá sacao ella de los pecaos de la su Mari Cruz.

Y fué tan bruja, que un día le llevó la llave de la su casa á aquel señorituco, pa que cuando á la noche estubiá la Mari Cruz dormida, él entrara.

—¿Y entró abueluca?—preguntaron las mozas.

¿Ya sus vino comezón por sabelo, tontucas? Pues sabide, que la Mari Cruz contraminó el pensar de la su madre, y aquel mesmo día, se fué al redil á buscar al su galan y contóse-lo toico, y convinon los dos en que irían á Villamala, y apañarían allí lo del casorio á inorancia de su madre, sin el su consentimiento; y así lo hizón.

Una exclamación de sorpresa, llevóse por los labios de las mozas su incertidumbre; pensaban ellas, que Gildo y Mari Cruz, egoístas de su amor, finarían los sinsabores con sus vidas, ¡Habían oído tantas veces aquel recurso! Por eso no pudo menos de causarles alegre extrañeza la solución, tan codiciable, que oyeron de boca de la anciana.

—Y después vinon al lugarejo y con sus ahorrillos mercaron ovejucas, y fuéronse á vivir á la choza del roquedal, allá, mucho alto, aonde no arribaran nunca las malas intenciones del señorituco y de la tía Miserias.

Aluego vino lo qu' había de venir, un chiquituco más rubiales que el lino de las vuestras ruelas, y tan lindo, que habíase placimiento en la su contemplación.

Cayó enfermo Gildo y hubo de quedarse tendío en su jergón de pa-

nocha, con el su rapazuco; y á las mientras, la Mari Cruz tuvo que llevar á pacer al rebaño por zarzas y peñascales.

Presto súpolo todo ello la tía Miserias y propuso al hijo del señor Lucas un nuevo valimiento pa tornar á requerir á Mari Cruz. Y asín lo hizo; fuese en derechura á la choza y aprovechó el sueño de Gildo p' hacela fogata por sus cuatro vientos, y pleno de calentura buscó á Mari Cruz y trovola junto á la sima güelta de espaldas; allegóse á ella, y cogióla por detrás y dióle un beso en la su caruca alba como la nieve. Golvió en su pensar la Mari Cruz ¡y forcejeo por guardar la su honrilla que quería robársela el mu endino, y forcejeando llegaron al remate de la sima y tremando en coraje le dijo: «serás mía, sí, pues ¡al tu Gildo li quemao la choza cuando dormía». ¡Probe de mi hijuco! — exclamó Mari Cruz, y al dicilo dió un muerdo en la mano del señorituco que se l' había aferrao á los sus brazos, y al dáselo, soltola él y cayó en la sima á lo más fondo y oscuro, cual si fuera al infierno, que no menos merecían sus pecaos.

La Mari Cruz corrió á por su hijuco y trovolo entre la fogarada muerto en los brazos de su padre...

Y allá, mucho alto, aonde ella se pensaba que no arribarían nunca las malas intenciones del señorituco, quedose adolorida llorando sus pesares la Mari Cruz. ¿Sabís ya aonde fué, muchachas? Allá en el roquedal, donde hay agora una ringleira d' adobes morenucos d' humo.

Y en los labios hundidos de la anciana, muriendo entre congojas, finaba el cuento. J. M.^a MATE.

D. Jaime el Conquistador

(Vida privada)

Casó Don Jaime en la villa de Agreda el 6 de Febrero de 1221, á los catorce años de edad, con doña Leonor de Castilla, que murió en el Monasterio de las Huelgas de Burgos, por el año 1251, habiendo muerto ya en 1250 el infante Don Alfonso que hubo en ella ⁽¹⁾. Enlazóse en segundas nupcias ⁽²⁾ con Doña Violante de Hungría, en Barcelona, á 8 de Septiembre de 1235, naciendo de este matrimonio cuatro hijos y cinco hijas; el mayor, Don Pedro, le sucedió en la corona con el dictado de Pedro III el Grande. Murió la reina Doña Violante en Huesca el 12 de Octubre de 1251.

Durante su viudez estuvo unido el Conquistador en público amancebamiento con Guillerma de Cabrera y Blanca de Antillón: de la primera no hubo prole y de la segunda á Fernán Sánchez de Castro, progenitor de los Duques de Medinaceli y de Villahermosa. Contrajo terceras nupcias con Doña Teresa Gil de Vidaure, de quien nos ocuparemos más adelante; y de Doña Berenguela Fernández tuvo á Don Pedro Fernández de Híjar, y de Berenguela Alfonso, no hubo descendencia ⁽³⁾.

Gran discrepancia hay entre los historiadores por lo que atañe al

matrimonio de Don Jaime con Doña Teresa. Veamos como entendió Tourtoulon, autor el más hábil que ha publicado las cosas de aquellos tiempos, el enlace con la Vidaure ⁽¹⁾.

Entre todas las amantes y mujeres morganáticas de Don Jaime el Conquistador, Teresa Gil ha tenido el privilegio de ocupar particularmente á los historiadores. Casi todos ellos creen deberle conceder un papel importante en la vida de este príncipe, aun desde antes de la época en que los documentos contemporáneos mencionan su nombre por la primera vez. Cuentan que durante su juventud enamoróse el Rey de la hija de Don Juan Gil de Vidaure, pero que educada Teresa en los sentimientos de severa religiosidad, desdén los homenajes de su real adorador. Este monarca «tan gallardo, que no había otro en toda la cristiandad», no estaba acostumbrado á semejantes rigores y pensó vencer una resistencia que redoblaban su pasión.

Una tarde, acompañado de un solo compañero confidente suyo, penetró en la casa de Don Juan Gil; ocultóse en ella, y, llegada la noche, se deslizó hasta la cámara de Doña Teresa. Al espanto de la joven contestaron las protestas de ternura, que fueron sin embargo rechazadas con indignación. Don Jaime veíase

(1) Bofarull y Mascaró. Los condes de Barcelona vindicados. T. II, p. 283.

(2) Zurita. Bofarull y Mascaró. Abarca, Anales de Aragón. T. I, p. 292.

(3) Tourtoulon, Zur. Abarca. Bofarull y Mascaró. Idem. T. II, p. 286.

(1) Tourtoulon. Jaime premier le Conquerant. T. II, p. 283.

ya obligado á desistir, cuando en un momento en que la violencia de sus deseos y la humillación de la derrotada se disputaban su corazón, pronunció la promesa de casamiento. Salida de los labios de un rey esta palabra mágica, debía triunfar de todos los obstáculos; pero dudando de que el rey fuera sincero, permaneció incrédula Teresa. Don Jaime llamó entonces al caballero que le seguía y ante él juró solemnemente tomar por esposa á la hija de Don Juan Gil de Vidaure. Pero ¡ay! el príncipe, tan fiel ordinariamente á su palabra, creyó poder considerar este juramento como engañadora promesa del amor, y fingió haberlo olvidado cuando quiso casarse con la hija del rey de Hungría. Luc. Mar. Sic. coloca la escena que acabamos de referir antes del casamiento de Don Jaime con Doña Leonor de Castilla. La edad del rey en la época en que se celebró este primer casamiento, no permite aceptar esta opinión. ⁽¹⁾

Vanamente reclamó Teresa Gil ante la Santa Sede: faltábanle las pruebas, puesto que había muerto algunos años antes el caballero testigo de la real promesa; insistió, sin embargo, y sus protestas fueron tan enérgicas que se le hizo temer el resentimiento de Doña Violante contra ella y contra los hijos que tenía del Rey. A fin de ponerlos á éstos al abrigo de todo atentado, desterróse voluntariamente Doña Teresa, pero sin renunciar á seguir instando cerca de la Santa Sede la anulación del casamiento de Doña Violante. ⁽²⁾

De esta ilustre dama valenciana y del Conquistador fueron hijos Don Jaime, Señor de la Baronía de Jerica, y Don Pedro, Señor de Ayerbe. La posteridad del segundo desapareció, como afirma Blancas; la del primero se conservaba en la gran casa de los Duques de Arcos á fines del siglo xvii.

Don Jaime de Jerica casó con Doña Elfa Alvarez de Azagra, en quien tuvo á Jaime II, que fué esposo de Doña Beatriz de Lauria, siendo hijos de este enlace: Jaime, Pedro y María Alvarez de Jerica.

Don Pedro de Ayerbe casó con Aldonza de Cervera, y fué su hijo Don Pedro, segundo Señor de Ayerbe, casado con María Fernández de Luna y apartándose de ella, con Violante de Grecia, en quien hubo á Constanza, que murió doncella, y á María Pérez de Ayerbe, esposa del famoso prócer Don Pedro Cornel. ⁽¹⁾ El título de Marqués de Ayerbe lo lleva Don Juan Jordán de Urries. Grande de España, marqués de Lierta y de Rubí, conde de Sant Climent. ⁽²⁾

Estando el Rey en Zaragoza á (7 idus Mayo) de 1255, concedió á Teresa Gil de Vidaure la villa de Jerica, que está en Valencia, con sus alquerías términos y pertinencias, ordenando que «si hubiese hijo ó hija», la poseyesen sus descendientes, ⁽³⁾ en Lérida (4 idus Abril de 1257) le concedió la posesión, también radicante en Valencia, denominada «Las Alcublas» con los mismos vínculos, pactos y condicio-

(1) Tourtoulon T. II, p. 283.

(2) Tourtoulon. T. II, p. 284.

(1) Condes vind. T. II, p. 239.

(2) Tourt. Jacme prem. T. II, p. 623 (Cf. Ayerbe.)

(3) Arch. Cor. Arag. P.º Jaime 1.º n.º 1416.

be, Luesia, Ahuero, Lizo, Artaso, Castellón de Siest, Bureta, Azuer, Cabañas y Boquién, ordenando que sucediesen los de una casa á otra y en caso de morir la línea entrasen los bienes en la Corona. Esto prueba una vez más la validez del matrimonio de Don Jaime con Doña Teresa Gil de Vidaure, quien trató el pleito de este enlace, dictando sentencia el juez ordinario en

pró de la Vidaure, siendo en ello contrariada por el Rey, que un año antes de morir, como afirma Zurita, envió su procurador á la Corte Romana, sentenciando ésta en el mismo sentido que la justicia ordinaria.

Por último la lepra obligó á Doña Teresa á retirarse del estado y murió en olor de santidad.

PRÁXEDES URREAGA Y AZCÓN.

Las Escuadras de Cataluña

(Continuación)

—Seréis obedecido, Claudio,—respondió Roseta.

—Decidla también — prosiguió el molinero — que perdone las molestias que mi presencia en esta casa pudieran causarle, que no serán de larga duración, pues pienso abandonar estos lugares en breve plazo.

—Yo creí—respondió Roseta al bandido — que pasaríais algunos días entre nosotros.

—Tal pensaba, pero he cambiado de parecer.

—Os encuentro intranquilo; parece que vuestra salud se haya resentido. ¿Queréis que mande á buscar al médico de Farena?

—Gracias, Roseta; los hombres como yo no necesitan de la ciencia para nada; solo tienen verdugos que se encargan de darles el pasaporte para el otro mundo.

—Abandonad, Claudio, esos presentimientos, y procurad tranquilizaros y cuidar vuestra salud; no habéis tomado apenas alimento, se-

gún me ha dicho Pepet, y voy á servirlos algo con que reponer vuestras fuerzas.

—Nada necesito: no os molestéis.

Se disponía Roseta á salir de la habitación del bandido, cuando Pepet entró anunciando que la señorita Luisa deseaba visitar á Claudio. Roseta, sin esperar la contestación de éste, se apresuró á replicar:

—Que pase, que pase al momento.

La joven penetró en la habitación del Molinero y fué á ocupar un asiento al lado de Roseta, muy cerca del lecho de aquél. Claudio se incorporó en la cama y saludó á Luisa muy cortesmente, dando á sus palabras una entonación de dulzura muy marcada.

—Hija mía—dijo Roseta dirigiéndose á la joven—ayúdame á convencer á Claudio, que se empeña en dejarse morir de hambre; su estado de salud es delicado y sus malditos presentimientos de la horca, del verdugo, no le abandonan un momento

—¡Qué horror! Desechad esas malas ideas—exclamó la joven con acento conmovido.

—Imposible, señorita; ¿qué importa la vida de un bandido, de un ser arrojado del concierto social? Es un miembro gangrenado que hay necesidad de amputar para que no contagie á los demás.

—En verdad que sois digno de compasión—contestó la huérfana.—Habláis de la sociedad y de las leyes que la rigen con una indiferencia y un descreimiento desconsolador.

—¡Cómo queréis que hable bien de ellas habiendo recibido tanto daño!



....y ambos se ocometieron con coraje

—Sois hombre sin creencias; no tenéis fe en las cosas de este mundo, quizás porque no habréis experimentado los consuelos de una mano amiga, los encantos del amor, la felicidad doméstica, y siendo así no me choca veros despojado de toda esperanza. Sois digno de lástima, porque ni creéis ni esperáis.

—Todos mis esfuerzos, señorita, para creer y esperar han chocado siempre contra la dureza de esa sociedad, de la que esperaba mi rehabilitación algún día.

—Vos nunca habláis de Dios, lo que quiere decir que tampoco tenéis creencias religiosas; y siendo así no debéis quejaros de que Dios os abandone y los hombres os desprecien. Ya no me sorprende de que la imagen del patíbulo la tengáis constantemente ante la vista...

—¡Quejarme yo!—contestó Claudio.—Infeliz, solitario y abandonado, la sociedad, esa sociedad de la que tanto esperáis, por lo visto, me rechazó de su seno cuando apenas contaba edad para inferirle la me-

nor ofensa. Fuí abandonado de mis padres, no sé porqué, cuando no sabían si llegaría á ser un hombre bueno ó un empedernido criminal... en fin, Luisa, mi historia es un poema de desgracias, de ofensas y contradicciones, tan singular en sus menores detalles, que á nadie interesa su conocimiento más que al propio protagonista.

—Quizás os equivocáis, Claudio; por lo que acabáis de relatar comprendo que sois más desgraciado que delincuente. Reposad vuestro espíritu, tranquilizaos; ¡quién sabe si en la narración de vuestra historia podremos encontrar medios de haceros creer en *algo*,—y la joven acentuó esta palabra—de que aún no os habéis dado exacta cuenta. Por hoy basta; tomad alimento, huid de esas emociones que tanto conturban vuestro espíritu y no aglomeréis en vuestra cabeza ideas tan extrañas.

El encanto y dulzura con que Luisa pronunció estas palabras, la ternura de sus miradas, melancólicas é insinuantes, penetraron en el alma del bandido como un rocío consolador, y conmovido dijo á la joven:

—Haré lo que me pedís, señorita; lo decís de un modo tan dulce y cariñoso, que no me atrevo á negaros nada.

—Siendo así—respondió Luisa—permitid que me despida de vos, y no os vuelva á visitar hasta que os halléis completamente restablecido. Roseta y Pepet cuidarán de que nada os falte, y vos poned empeño en que así suceda.

A los cuatro días de esta entrevista, la huérfana recibió la visita de Claudio.

La joven le recibió con suma afección.

—Tengo un verdadero placer,—le dijo,—en veros completamente curado de vuestra indisposición. Creed que he pedido mucho por vos.

—Os agradezco en el alma vuestras atenciones, señorita,—contestó el Molinero.—Vengo á participaros mi partida, que efectuaré antes de una hora. Tened la seguridad de que jamás se apartará de mí vuestro hermoso recuerdo; pero deseo evitaros, así como á los habitantes de esta hospitalaria morada, el disgusto de una sorpresa por parte del baile de Valls y sus mozos, que no descansan en mi persecución. Jamás me perdonaría de que fuérais testigos de una lucha sangrienta y terrible. Me llevo vuestro afecto, y esto me consolará en parte de vuestra ausencia y...

La joven le interrumpió diciéndole:

—Haced lo que os plazca; pero observad que ya no vais tan sólo como hace pocos días manifestábais; ahora siquiera, os acompaña el agradecimiento y una amistad leal y desinteresada. No lo olvidéis, Claudio.

En este momento, un sonido agudo y penetrante dejóse oír, interrumpiendo la despedida de Luisa y Claudio.

—Escuchad, no os lo dije,—exclamó el bandido, dirigiéndose á la ventana de la habitación que daba al campo.

—¿Qué pasa?—contestó Luisa toda alarmada.

—Mi gente me avisa de que los mozos se aproximan á esta casa. ¡Oh...! ya os lo dije antes.

—Huid, huid...

—Sí, me marchó, Luisa: por vos, por Roseta, por evitaros... de otro modo yo esperaría aquí á esos infernales mozos y ¡vive Cristo! que quedarían escarmentados para largo rato. Adiós, señorita, adiós...

—Claudio, una última palabra, un favor deseo que me concedáis.

—Decid cuál es vuestro deseo, os escucho.

—Juradme que volveréis para contarme vuestra historia. Jurádmelo, Claudio.

—Así lo haré; os lo juro, hermosa niña.

—Quedo confiada; ahora id con Dios y él os proteja.

CAPITULO IV

EL FALSO ERMITAÑO

Un cuarto de hora después que el bandido y su gente abandonaron la masía de Roseta, una partida de diez mozos mandados por el subcabo don José Alegret natural de Masllorens, llamaban á la puerta de la casa, que una vez franqueada y después de penetrar en ella con las precauciones que el caso requería, el jefe, llamando á un lado á Roseta, entabló con ella el siguiente diálogo:

—Sé que tanto vos, como vuestros hijos, sois gente honrada; pero habéis faltado al bando últimamente publicado, y esto constituye un delito grave, que pudiera acarrearos fatales consecuencias.

—Sabed, don José—respondió Roseta—que ignoro los términos de ese mandato y nada sabía de tal pregón.

—Por esta vez vuestra ignorancia os salva, y para que en la primera ocasión obréis con mayor cordura, voy á leeros el bando en cuestión. Procurad retenerlo en la memoria.

Acto seguido el subcabo D. Francisco Martí, leyó lo siguiente:

«Don Pedro Antonio Veciana, baile de Valls y comandante de los mozos de la misma, digo: que los pueblos, lugares, justicias y casas de campo que sean frecuentadas por los ladrones, sediciosos y disturbadores de la quietud pública, deben resistirse, por medio del somatén, y de no poder, por ser aquellos mayores que ellos, deben dar parte inmediatamente, y de no hacerlo, serán presos y juzgados y tapiadas sus casas. Dado en Valls, á 4 de Enero de 1715.—Pedro Antonio Veciana.» (Este documento justificativo es copia literal).

—Ahora ya estais enterada, Roseta—agregó Alegret.—Decidme: ¿quién manda á los foragidos que hace media hora salieron de esta casa?

—Claudio el Molinero.

—¿Ha cometido con los vuestros alguna felonía?

—En nada nos ha perjudicado.

—Tarde ó temprano caerá ese infame en nuestro poder; y siento que no modere sus instintos y ni cambie de conducta, porque me consta que es un valiente y se portó como tal en el sitio de Barcelona.

—Sí que es una lástima,—interrumpió Roseta,—porque posee un gran corazón.

—¿Qué camino llevan?

—Tomaron la dirección de poniente, por un extremo del bosque.

Veinte minutos después, recupe-

radas un tanto las fuerzas con unas lonchas de jamón y unos tragos de buen vino, salieron los mozos en persecución de los bandidos.

La joven Luisa, que no había perdido una palabra del anterior parlamento, preguntó á su madre adoptiva:

—Habéis oído, madre; ¡Dios mío! les alcanzarán.

—No temas, hija mía; Claudio y sus lebreles son buenos andarines. Dentro de una hora, ni rastro habrán dejado de su paso.

—Dios lo haga,—contestó la niña.

Abandonemos por ahora la casa de Roseta, dejemos á la bella Luisa con sus temores por la suerte del bandido, y trasladémonos á la falda de un monte, en la que se levantaba en aquel tiempo una ermita ó santuario, en medio de un despoblado terreno y muy cercana al camino que conduce desde Manresa á la industriosa Tarrasa. En la época á que nos referimos vivía allí un santo varón dedicado á la vida contemplativa y muy conocido y estimado en la comarca por sus raras virtudes y por los consuelos que á diario derramaba entre sus habitantes, pues á él acudían no sólo para buscar alivio en las dolencias corporales, sino para los males del espíritu, á los cuales sabía aplicar siempre un remedio oportuno. Hacía algún tiempo que había sucedido á otro santo eremita, también muy docto, pero las gentes del país no echaban de menos la ausencia del primero, pues las virtudes de su sucesor compensaban con creces su falta, al menos en apariencia, como verán nuestros lectores al hacer su presentación.

Habían transcurrido algunos días desde que Claudio el Molinero y su gente abandonaron la masía de Roseta, huyendo de los valientes mozos de Veciana. Es una noche fría y oscura, y el silencio más absoluto reina en los alrededores de la ermita; penetremos en ella. En un pequeño departamento de la misma, que hace veces de cocina, sentado á una pequeña mesa, cercana á la chimenea, en la que arde un abundante fuego, hállase el austero anacoreta, reposando beatíficamente, mejor diríamos haciendo la digestión de una succulenta cena, cuyos restos, aún abundantes, vense sobre la tosca mesa.

A los pies del ermitaño, y sirviéndole como alcatifa, reposa también un hermoso perro de raza mastina, fiel compañero del santo varón, al que no deja un instante, tanto dentro como fuera de la ermita.

Largo rato hacía que el ermitaño daba apenas señales de vida; soñoliento y calada su capucha, habíase recogido en su asiento, sin que la hora ya avanzada de la noche le marcara el reposo definitivo. Sin duda esperaba á alguien, y así era en efecto, porque un golpe dado de cierta manera en la puerta del santuario hizo poner de pie rápidamente y el perro lanzó un aullido especial, demostrativo de que conocía al importuno que llamaba.

—Silencio, Barrabás, le has conocido, ya lo sé—exclamó el ermitaño, dirigiéndose á abrir.

Franqueada la puerta, penetró por ella un hombre de elevada estatura, envuelto hasta los ojos en una larga capa.

—¡Ah, capitán! que mal rato me

habéis hecho pasar... temí que no viniéseis... tal era vuestra tardanza.

—¡Vive Dios! que eres un cernícalo, Birot; yo nunca quedo mal con varones tan santos como tú.

—Cierto, capitán; pero sacadme de esta mazmorra, porque me es imposible imitar las virtudes de mi santo antecesor, que Dios guarde por allá muchos años—agregó el ermitaño, que como nuestros lectores conocerán no era tal, sino uno de los bandidos de Claudio el Molinero, y éste el que había penetrado en la ermita. Para sus fines, habían suprimido al verdadero y santo ermita que antes la ocupaba, haciendo creer á los sencillos y fanáticos campesinos, que Dios le había llamado así, trasportándole á su gloria en cuerpo y alma.

Con una ruidosa carcajada respondió Claudio á Birot, el bandido hecho anacoreta.

—Pronto se cumplirán tus deseos; pero ahora no perdamos tiempo, dame exacta noticia de cuanto te encargué.

—Al momento, capitán; ya sabéis que me voy haciendo célebre por estos contornos por mis conocimientos en el arte de curar. Mi fama se ha extendido hasta Manresa, ha llegado á oídos del gobernador de aquella ciudad, que tiene una hija completamente abandonada de los médicos y desea que yo la vea, para lo cual me ha enviado recado avisándome que mañana estará aquí, en el santuario, la señorita, acompañada de su señor padre.

Muy bien, Birot, continúa; ¿ha y más?

—Ahora viene lo mejor, mi capitán. El mandadero que trajo el avi-

so me comunicó que el señor gobernador vendría acompañado de una escolta.

—¿De mozos de escuadra quizás?

—No, de soldados de su guarnición y en su compañía ¡sorprendeos! el hermano menor de Veciana, que es amigo de la casa.

—¡Qué dices, Birot, entendiste bien! Porque entonces el golpe será señalado.

—Bien lo entendí, capitán. Haremos una buena presa, y nos vengaremos en el hermano de todas las malas pasadas del baile de Valls.

—No. ¡Vive Dios! lo guardaremos en rehenes.

—Está bien, ahora dadme permiso para visitar á mis compañeros y...

—Ve enseguida; en el Robledal cercano á la ermita los encontrarás, dí á Pepet que tome provisiones para ellos, en la puerta espera, echad un trago por tan buena noticia y antes de dos horas regresad.

El falso hermitaño se quitó sus hábitos y salió corriendo en busca de Pepet.

Claudio el Molinero quedóse solo en el santuario, sin poder separar de su mente el recuerdo de Luisa, que le perseguía tenaz desde su ausencia de casa de Roseta, con tan dulces pensamientos quedóse dormido sentado junto al fuego.

Apenas habían transcurrido las dos horas señaladas, cuando Birot y Pepet estaban de vuelta. Despertaron á su capitán y éste dió al primero de aquéllos las necesarias instrucciones para que la emboscada diese los mejores resultados. Inmediatamente Claudio, acompañado de su fiel Pepet, salió en busca de su

gente. Una vez llegados al Robledal, á la primera señal de su capitán, se levantaron los bandidos, y formando corro, se dispusieron á recibir las órdenes de su jefe. Este les dirigió la palabra en los siguientes términos:

—Compañeros: mañana necesito de todo vuestro esfuerzo; nos batiremos con unos cuantos soldados del rey. Se trata de coger una buena presa; economizad el derramamiento de sangre, pues á la pieza principal deseo cogerla con vida; á sus acompañantes, si se ponen tercios, enseñadles lo que valen vuestros mosquetes.

Dió á cada uno después sus particulares instrucciones, y terminadas éstas, ordenóles que se retirasen á descansar, haciendo él lo propio seguido de Pepet.

CAPITULO V

LA EMBOSCADA

Al siguiente día, y todo preparado, Claudio, seguido de dos bandidos de su confianza, fué aproximándose á la ermita. El resto de la partida les siguió á corta distancia. Tomó sus posiciones, examinó sus armas y esperó tranquilo la señal que Birot debía comunicarle anunciando la llegada de los visitantes.

Poco tiempo duró la espera; el infame Birot, hizo desde la ermita la señal convenida, el Molinero hizo á su vez, sonar su silbato, y reunida su gente acometieron en tropel, y dando grandes aullidos al santuario y á sus desprevenidos moradores. Los soldados no tuvieron tiempo ni de tomar sus armas, fueron envueltos por todos lados é intimidados á

la rendición. Ya estaban resueltos á someterse, cuando salió de la ermita, espada en mano, el capitán que les mandaba.

—Toda resistencia es inútil—dijo le Claudio encarándose con el militar;—al menor movimiento que hagáis, sereis muertos todos.

Pero el valiente jefe no hizo caso de la amenaza; se dirigió á sus soldados y animándoles les dijo:

—¡A ellos, camaradas! Son unos cobardes bandidos que se aprovechan de vuestro terror; no temáis, ¡a ellos!

Pero los soldados no se movieron; tal era el espanto que en ellos produjo la sorpresa y la actitud de los bandidos, que continuaban amenazadores con sus mosquetes.

—Rendíos, capitán, exclamó el Molinero; ya lo veis, vuestros soldados se han convertido en tímidas liebres.

—Jamás—contestó el militar—Yo no me rindo á canallas cual vosotros. Tirad y matadme, ya que sois veinte contra uno. Sois unos cobardes, dignos de la horca.

—¡Vive Cristo! capitán, que vivís engañado—contestó Claudio—Somos tantos á tantos, y si os habéis dejado sorprender y vuestros subordinados son mujerzuelas, vuestra será la culpa, no de nosotros, pero ya que no queréis sobrevivir á tal deshonra, os batiréis conmigo, con armas iguales, tendré el disgusto de mataros.

El capitán, por toda respuesta, se adelantó al bandido, se puso en guardia, dióle las gracias con una leve inclinación de cabeza, y le dijo: ¡Defendeos!

Y ambos se acometieron con co-

raje, pues ambos eran valientes y serenos. Fué un combate reñido y singular; estocadas y tajos se repartían y eran parados con habilidad, pero el capitán iba perdiendo terreno, su furia le desconcertaba, descubriéndole alguna vez á la espada del bandido, que éste manejaba con destreza sin igual. Desarmóle y le ofreció cuartel, pero el bravo militar no aceptó, continuando la lucha con mayor encarnizamiento. Un descuido del capitán fué aprovechado por el Molinero, que tirándose á fondo, clavó su espada en el pecho de aquel valiente, que cayó á tierra mortalmente herido.

Todo había terminado: los soldados fueron maniatados por los bandidos é igual operación hicieron Pepet y otros foragidos en el interior del santuario, con la hija del gobernador y el joven Veciana; hasta Birot, el falso ermitaño, fué atado al pie del altar.

Media hora después, el Bigardo, acompañado de otros seis bandidos, conducían al joven y valiente Veciana, convenientemente atado, á un lugar designado de antemano por Claudio el Molinero. El resto de la partida á las órdenes del *Panxut*, tomó la dirección opuesta, á otro lugar también designado por su capitán, y éste con su fiel Pepet y conduciendo á la hija del gobernador en un borriquillo, tomaron el camino de una casa desierta, distante unas cuatro horas de la ermita, y que el bandido tenía ya preparada. Todas estas maniobras fueron ejecutadas con suma rapidez, en el mayor silencio y sin dejar el más leve vestigio de su paso.

Llegados á la casa de referencia, la enferma fué instalada en una habitación arreglada previamente, encontrando una mullida y caliente cama y todo género de servicios, que le fueron ofrecidos por el bandido de la manera más cortés y con la mayor afabilidad. Hecho esto y cumplidos los deberes, que él llamaba de hospitalidad, partió con Pepet al encuentro del Bigardo, al que encontraron al cabo de un par de horas.

—¿Cómo ha llegado el preso?—le preguntó el capitán.

—Con toda felicidad,—contestó el Bigardo.

—Durante la marcha, ¿nada dijo?

—Nos ha llamado cobardes, asesinos y otras lindezas, de las que no hemos hecho caso, ateniéndonos á vuestras órdenes. Se conoce que el joven es de sangre y sabe de quién es hermano.

—Está bien; basta ya; seguidme todos.

Dos días habían transcurrido de estos sucesos, cuando una mañana, los habitantes de Alió, Brafín y Villarrodoná, despertaron alarmados al tener noticia de que el terrible bandido Claudio el Molinero, con una numerosa partida de foragidos, merodeaba por aquellos alrededores.

La noticia había llegado también al convento de Santas Creus, y los frailes, asustados, tomaron rápidamente toda suerte de prevenciones, pues corría el rumor de que los bandidos estaban decididos á atacar el monasterio. no obstante su inespugnable posición.

(Continuará)

